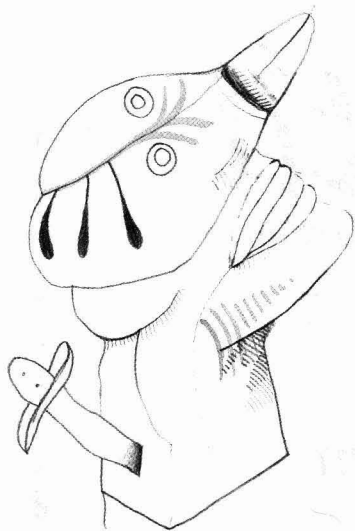


William Faulkner: en busca de una *anunciación*

LUIS MANUEL ZAVALA

Como toda *ópera prima* de un escritor consagrado, *La paga de los soldados* se aparece al lector como una invitación difícil de rehusar, sobre todo en el caso de alguien por quien se ha tenido desde siempre un especial aprecio. Casi puede escucharse un cosquilleo que recorre los sentidos y alcanza a rozar la conciencia. Curiosidad, morbo o interés, el deseo no puede resistirse; entonces sucede lo inevitable: abrimos el libro y empezamos a leer.

Un hilo intangible, poderoso y frágil se tiende entre los ojos y las ávidas palabras; aun la marcha empecinada del metro



parece espolear la lectura. Pienso que es irreverente leer a bordo de un tren cargado de contradicciones; pienso, más tarde, que tal vez sea el ámbito apropiado para acercarse a la obra de Faulkner. Más adelante descubro, inopinadamente aunque sin sorpresa, un punto de contacto entre los personajes y el lector, compartimos una misma empresa: hemos emprendido un trayecto en busca de una *anunciación*.

Después de cumplir el recorrido —404 páginas—, algo parece quedar en claro: los

resultados de dicha búsqueda son muy diversos. Preocupado por un tema que le atañe en lo íntimo (a uno de sus bisabuelos se le erigió un monumento por su valor; se había alistado como voluntario de la Real Fuerza Aérea Británica en el Canadá), William Faulkner nos muestra la suerte de los ex combatientes norteamericanos de la Gran Guerra, a través de las peripecias de tres personajes: el cabo Julián Lowe, el soldado Joe Gilligan y el oficial Donald Mahon. Su regreso de la guerra es eufórico, sazonado con un alto consumo de alcohol. Para sorpresa de Gilligan —los demás soldados lo conocían como Yaphank—, algunas personas que viajan con ellos expresan su molestia ante la creciente alharaca; no pueden comprender esa clase de recibimiento: ¿así se premia el heroísmo de los soldados de la patria?

Gilligan y Lowe andan a la caza de un gesto luminoso, un síntoma o un signo de reconocimiento, un anuncio de redención que logre sanar los horrores de la guerra. Pero la sociedad se muestra indiferente, incluso parece rechazarlos. Y es que se han alejado de lo civilizado; deben reconocer y someterse a una serie de códigos que ya les resultan extraños, una labor, al mismo tiempo, ética y semiótica: la vida social exige de ellos la eliminación de una serie de impulsos primarios despertados por los combates. Hay un episodio paradigmático, el tradicional *Baile de los jóvenes*. Por breves momentos constituidos en foco de atención, los soldados terminan por pasar inadvertidos a medida que se disipa la curiosidad de los otros. Ellos se muestran ajenos a los nuevos bailes cuyos pasos les resultan incomprensibles; como si no estuvieran presentes, convertidos en “flores de la pared”, se hermanan con las chicas a quienes nadie invita a bailar. El entusiasmo con que es recibido Gilligan por sus compañeros no hace sino acentuar su condición de seres marginales; agrupados en una especie de *gheto* se han convertido en extranjeros en su propia tierra.

Se pensaría que Donald Mahon corre con mejor suerte; aunque disminuido físicamente por las heridas de guerra cuenta con el apoyo incondicional de su padre y la decidida amistad de Gilligan y de una mujer, Margaret Powers, con quien contrae nupcias. Sin embargo, si ella lo acepta es solamente por misericordia, sabe que Mahon ha perdido la vista y que pronto morirá. Las palabras que martillea la mente de Emmy (antigua novia de Donald y después empleada de los Mahon) son por demás reveladoras: “¡Pero si es un muerto...” Margaret lo quiere pero de una manera impersonal. Desde la muerte de su primer esposo —en esa misma guerra— quedó prisionera de la imagen del combatiente desventurado, una imagen casi platótica que potencia la figura de Mahon, transformada en metáfora del infortunio. De ahí que ella no pueda corresponder al amor de seres concretos como Lowe o Gilligan.

Mientras Mahon adquiere definitivamente su imagen de un muerto en vida, Lowe y Gilligan —sobre todo el segundo— continúan sin conocer la gratitud o la recompensa de los *otros*; entonces deben seguir peregrinando en busca de la *anunciación*, de esa ciudad, mujer o amigo que los reconozca y termine por acogerlos como algo propio.

Falta comentar la otra búsqueda, la del lector. Puedo atreverme a afirmar que es más fructífera. Si se trataba de identificar un conjunto de elementos en los que se advirtiera la promesa de ese torrente narrativo que es la obra total de Faulkner, se ha cumplido con creces. Desde luego no comparto el juicio de José María Valverde (es una novela “pre-Faulkner”), y no lo comparto porque ya aparecen los rasgos definitorios de su estilo, en palabras del propio Valverde:

...no impone su persona como pequeño dios omnisciente, valorador de sus personajes y las acciones de su cosmos, sino sólo como instrumento de visión, aplicando los más finos matices líricos a un tono desprendido, impersonal.¹

En *La paga de los soldados* ya tenemos a un narrador instalado a sus anchas en el llamado *estilo indirecto libre*, lo que le permite acceder al punto de vista de cada personaje y, de esta manera, ofrecer en bruto las experiencias al lector.

¹ De cualquier manera, el estudio de Valverde sobre Faulkner es francamente lúcido, *Historia de la literatura universal*, vol. 3, *Del romanticismo a nuestros días*, pp. 439-444.

Podríamos simplificar la fórmula de Faulkner: subjetividad, a través de los apuntes del narrador que otea detrás de los personajes; objetividad mediante el desplazamiento del punto de vista. Pero la objetividad no puede ser plena, ya que la percepción de los personajes se tiñe por la manera en que reaccionan ante los hechos que los envuelven; en esto, según Claude-Edmonde Magny, radica la "sagrada atracción" que ejercen las novelas de Faulkner.² Debido a esa mirada que reacciona, un personaje, Robert Saunders hijo —inocente por su corta edad— puede resultarnos molesto, ya que lo percibimos por medio del desasosiego que su inquieta curiosidad provoca en los adultos. Otros efectos, no menos importantes, se desprenden de este tipo de narración: a) siempre vemos a los personajes por vez primera, b) estamos imposibilitados de conocerlos cabalmente.

Condenados a permanecer en la penumbra, los personajes se nos escapan; se escabullen como la atractiva Cecily, quien ambigualmente se ofrece y se niega a los azorados hombres. Quizá el único medio

de acercarnos a ella lo proporcione la metáfora progresiva que va construyendo el narrador hasta identificarla con un álamo estático y vano (los *flash backs* iluminarían más sus motivaciones que su conciencia). Si ya Cecily Saunders es un personaje faulkneriano, más lo es Januarius Jones, "que naciera descuidadamente quién sabe de quién". Feo, corpulento y lascivo, prefigura al Popeye de Santuario. Sus "ojos de chivo" pregonan su descomposición moral, pero a diferencia de los soldados encaja mejor en la vida de Georgia: todos lo desprecian y sin embargo todos lo toleran, es como excrecencia que no pudieran eliminar.

No obstante la presencia vigorosa de elementos decididamente faulknerianos —estilo, composición, algunos personajes—, en otro sentido, *La paga de los soldados* sí sería una obra "pre-Faulkner". Ante todo lo sería por la mirada, lejos todavía de la ironía acerba (sólo cuando se dirige hacia Januarius Jones se torna despiadada). Creo que Faulkner simpatizaba con los soldados y se hace solidario de su destino, tanto que por momentos la historia roza el melodrama; sobre todo en la relación entre Gilligan y Margaret Powers. Si no se sostiene un

tono melodramático es porque hay un desplazamiento del punto de vista del narrador. Por otra parte, es la mirada de alguien que no ha cumplido los treinta años; aún faltan muchos años y muchos litros de alcohol para que pueda arribar al desencantamiento.

La fortuna acompaña al lector; él sí encuentra la *anunciación* anhelada, suficientes indicios luminosos de lo por venir, como algunas imágenes y comparaciones espléndidas: "La tarde agonizaba en las calles, como una mujer recientemente amada." "La penumbra era un sueño de tiempo detenido, que un pájaro trataba de deshacer..." En *La paga de los soldados* no todo es brillante, existen desniveles; no es, como dice Borges a propósito de *The Unvanquished*, uno de esos "libros que nos tocan físicamente como la cercanía del mar o de la mañana". Tampoco amerita la "sagrada atención" de Magny. Sin embargo, ya es, sin duda alguna, una obra con el estilo característico de William Faulkner; por tanto, merece del lector una atención humana, profundamente humana. ♦

William Faulkner: *La paga de los soldados*, Col. Los placeres y los días, Aldus, México, 1993. 404 pp.

² Óscar Tacca, *Las voces de la novela*, p. 146.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 291

MARZO DE 1995

Manuel Gutiérrez Nájera
1859-1895

♦ ♦ ♦

Textos seleccionados y presentados por
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

